

en la lógica perversa de fríos cálculos numéricos, so pretexto de ser realistas, cuando se trata de seres humanos.

Sin duda la intransigencia del MRTA al exigir la inadmisibile liberación de todos los miembros de su organización fue un factor decisivo para que no se llegara a una solución pacífica. Pero a lo largo del proceso una terrible duda nos acompañó y angustió: la otra parte (somos conscientes de las diferencias, pero de algún modo hay que llamarla), en su nivel más decisivo, ¿hizo todo lo que estuvo a su alcance para llevar a buen puerto las conversaciones? ¿no se cultivó de cierta manera la intolerancia terrorista? ¿existió realmente una voluntad de diálogo de ambos lados?

Carecemos de informaciones precisas para responder con exactitud a estas preguntas. Además, hay versiones que ya nunca conoceremos. No obstante, tenemos indicios -provenientes de personas que tuvieron participación en el asunto- que nos hacen pensar con alguna solvencia que no fue imposible llegar a un acuerdo. Ello implicaba naturalmente tener en cuenta en primer lugar la vida de los rehenes y de todos los que se hallaban en la residencia, así como las metas permanentes y urgentes de un país duramente golpeado por la pobreza y la violencia. Suponía asimismo renunciar a intereses inmediatos y recortados.

El gobierno japonés, principal garante de una solución negociada, dejó al parecer de cumplir ese papel cuando el cálculo del costo de una entrada militar pareció lo bastante bajo como para arriesgar. Lo terrible es que estamos hablando de costo en vidas humanas. Hay detalles que ignoramos y que tal vez nunca sabremos. Lo que está claro es que un grupo de peruanos cometió el abusivo y horrendo acto de secuestrar a personas cuya situación mereció nuestra solidaridad, y por momentos nuestra angustia, y cuya libertad presente es motivo de gran alegría. Está claro también que el asunto dejó el saldo de diecisiete personas muertas y un país siempre, si no más, dividido y convulsionado.

Nadie escapa a la responsabilidad ante esos hechos, unos más otros menos. Ojalá el penoso episodio vivido que nos produce tantos, y atormentadores, sentimientos mezclados nos recuerde que es necesario ir a las raíces del problema. El caldo de cultivo del que nacen estas expresiones de violencia es la intolerable pobreza de nuestro pueblo. Parece mentira que sea necesario repetirlo tantas veces y más todavía que se replique que afirmarlo es justificar la violencia. Es increíble.

Pero no nos detengamos más en esto, ni quedemos encerrados en las emociones que nos provocan los hechos recordados. Es necesario tenerlo presente, claro está, pero urge mirar hacia adelante. Construir entre nosotros una sociedad humana y justa, acogedora de todas las personas sin excepción.

Que las vidas humanas (perdidas por diferentes razones) que esto ha costado, lejos de agrandar las distancias entre peruanos, nos acerquen. Que, como dice la Biblia, de las espadas se hagan arados y de las lanzas podaderas.

## Interrogantes e inquietudes Frente al desenlace de la crisis de los rehenes /Pilar Coll

Si algo caracteriza el sentir de grandes sectores de la población en torno a los hechos de la embajada de Japón, son los sentimientos encontrados. A la alegría por la liberación de los rehenes, sinceramente deseada, pedida y exigida y respecto a la que diversas voces han clamado con fuerza desde diferentes ángulos, se une un sentimiento de tristeza y aún de fracaso porque una vez más la violencia fue el camino escogido, camino que ha costado al Perú en esta ocasión la vida de 17 personas trayendo el dolor a 17 familias que hoy lloran a los suyos.

Somos muchos los que hemos rechazado enérgicamente la captura de los rehenes y los procedimientos violentos y profundamente injustos que siempre supone el atentar contra la libertad de las personas. Es un hecho que no se justifica y que merece nuestra clara condena sin paliativos. Pero eso no obsta para que lamentemos la muerte, toda muerte, que enluta hoy nuestro país. Con la muerte de Giusti hemos perdido a uno de los magistrados más probos y esto es reconocido por tirios y troyanos. Los dos valerosos oficiales que en cumplimiento de su deber dieron su vida por salvar la de los rehenes merecen nuestro homenaje y nuestro mayor respeto. Hasta ahí todos estaremos de acuerdo.

En lo que no es tan fácil el consenso es en la afirmación de que es igualmente lamentable la pérdida de la vida de los captores, muy especialmente la de esas muchachitas y muchachitos, la mayoría adolescentes, que no midieron el alcance de lo que hacían y se embarcaron en una aventura absurda por decir lo menos. No podemos dejar de criticar a quienes se aprovecharon de su ingenuidad para enrolosarlos en semejante empresa descabellada aunque acabaran muriendo junto con ellos pero también debe



dolernos la muerte de estos responsables, porque toda vida para los creyentes es don de Dios y es por tanto sagrada y porque con seguridad también "su sangre es preciosa ante sus ojos" (Salmo 72, 14).

Nos quedan además muchos interrogantes, pues un enfrentamiento donde no quedan heridos ni prisioneros en el bando de los vencidos, siempre deja un margen legítimo de sospecha. Seguramente nunca sabremos exactamente lo que ocurrió porque el momento de la incursión debió ser de gran confusión y, sobre todo, porque no hay voluntad de investigar y sí exceso de triunfalismo.

Una vez más el Perú ha optado por una salida violenta y esta vez al parecer con gran contento en las esferas oficiales y en algunos sectores de la sociedad civil. La tecnología utilizada ha podido ser perfecta y altamente sofisticada, "de exportación"; el arrojito de quienes llevaron a cabo la operación, grande, pero todo eso no puede hacernos olvidar el costo de los muertos y heridos que hoy ensombrecen los hogares de las víctimas y enlutan a todo el Perú.

Ojalá aprendamos algo de esta dura lección que nos ha hecho mascar con dolor tantas cosas, entre otras que la paz, una paz estable, está más lejos de lo que creíamos y que tiene mucho que ver con la pobreza inhumana que sufren las mayorías, con las abismales diferencias sociales, económicas y culturales y con las exclusiones y opresiones de todo tipo. Nos queda por delante una nutrida agenda para construir esta paz día a día, desde arriba y desde abajo. Ojalá también esa confusión de sentimientos que hoy nos embarga, se convierta en fuerza impulsora de tenaces iniciativas. Dos días antes de la liberación de los rehenes, más de un millar de religiosas, religiosos y sacerdotes afirmaban en un comunicado público que la paz en el Perú no se construye con más sangre y pérdida de vidas humanas, sino con el respeto a la vida incluyendo las de los que no la respetan.

Es hora de aglutinar fuerzas, de buscar caminos de verdad y reconciliación, de ejercitar la misericordia y el perdón a la par que la creatividad y la audacia. Siempre las situaciones límite son oportunidad para que aflore lo mejor de nosotros mismos.

Que nuestra fe en el Dios de la Vida nos haga testigos de su amor y apasionados defensores de la vida, de toda vida, y que purifiquemos nuestros sentimientos para buscar la paz con el espíritu de las Bienaventuranzas. No olvidemos lo que el evangelio de estos días nos repite insistentemente: "que nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos" (Jn. 15, 15). Tal vez esto redima también a quienes fueron a la muerte para lograr la libertad de sus compañeros, aunque estuvieran profundamente equivocados. A algunos esto puede parecerles excesivo pero no olvidemos que los caminos de Dios resultan difíciles de entender para nuestras lógicas humanas.

## REFLEXION

# A propósito del Sínodo de los obispos para América/

Mons. José Dammert B.

## INTRODUCCION

El Sínodo se presenta como una importante oportunidad para examinar la situación de las Iglesias del continente y del Caribe con vistas a encontrar los mejores caminos para el anuncio del Evangelio. Las iglesias convocadas para este sínodo congregan más de la mitad de todos los fieles de la Iglesia Católica.

Vaticano II dio un fuerte impulso a la presencia de la Iglesia en el mundo de hoy. En América Latina y el Caribe existe la conciencia de haber comenzado, desde hace unos años, a abrir nuevas perspectivas en la tarea evangelizadora. Los episcopados de Estados Unidos y Canadá han estudiado en conocidos textos los retos que se presentan hoy a la comunicación del mensaje cristiano. El llamado de Juan Pablo II a emprender una nueva evangelización ha adquirido mayor urgencia en nuestros días.

La Iglesia se prepara para el año 2000 de la Encarnación de Dios en la historia, ocasión magnífica para celebrar y agradecer su venida entre nosotros en rostro humano y para descubrir su presencia en cada rostro humano de hoy. Ocasión también para la proclamación gozosa de nuestra fe trinitaria en un Dios que nos expresa su amor salvífico enviándonos a su Hijo y asistiéndonos con la inspiración del Espíritu Santo.

La evangelización, muy concretamente la nueva evangelización, debería, en consecuencia, ser el tema central de este Sínodo. Esto implica, de acuerdo con la carta apostólica *Tertio Millennio Adveniente* (TMA) y los Lineamenta (LIN), tomar en consideración algunos puntos cuya profundización nos permitirá precisar los caminos de esa nueva evangelización.



## Signos de violencia/

Declaración de los obispos del Perú

*"Dijo Dios: ¿Qué has hecho? Se oye la sangre de tu hermano clamar a mí desde el suelo". Gn. 4, 10.*

Profundamente afligidos por la situación de violencia que golpea nuestra Patria, los Obispos del Perú queremos expresar nuestro sentimiento a todo el pueblo peruano:

1. Aunque se ha avanzado en la pacificación del país, la realidad que nos rodea presenta signos de violencia que alcanza niveles intolerables: muertes violentas de víctimas indefensas, torturas crueles que lamentablemente comprometen el buen nombre de algunas instituciones llamadas a proteger la vida y la paz.

2. Ciento veinte días de cautiverio de rehenes inocentes, se han convertido en herida abierta que duele a todo el país y hace sufrir a setenta y dos familias. Por eso, en unión con nuestro pueblo, les aseguramos nuestra solidaridad y oración constante, convencidos de que por este camino podremos conseguir una solución pronta y pacífica. Al mismo tiempo, valora-

mos el esfuerzo de los Garantes y de otras personas para llegar a esa meta.

3. Asimismo, nuestro pueblo se siente afectado por las diversas formas de violencia callejera, que generan inseguridad.

4. Todos estos signos tienen responsables concretos que deben ser señalados con la luz de la verdad, para que reciban la sanción justa que los ayude a redimirse.

5. Juicios claros y honestos deben mostrar el valor de la vida y de la justicia para lograr la verdadera paz en el país. Paz que también se construye con la participación responsable de toda la sociedad.

6. Roguemos a Dios con humildad, que su perdón y misericordia inspiren nuestra conducta para que se abran caminos de esperanza hacia un Perú más fraterno y solidario en el futuro.

Lima, 16 de abril de 1997  
Los Obispos del Perú

## "La paz esté con ustedes" (Jn. 20, 19)/

Comunicado de religiosas, religiosos y sacerdotes

A los cuatro meses de la toma por el MRTA de la residencia del embajador de Japón, los más de mil religiosos, religiosas y sacerdotes de todo el país abajo firmantes sentimos la necesidad y urgencia de decir una palabra.

1. La arbitraria privación de la libertad de las personas, la utilización de rehenes como medida de fuerza para lograr fines políticos, merece nuestro más absoluto rechazo y condenación. Queremos ante todo expresar nuestra solidaridad con los 72 rehenes y sus familiares que tanto han sufrido en este largo calvario. Queremos también agradecer el gesto del padre Juan Julio Wicht, quien libremente ha escogido correr la suerte de los rehenes, dando así un inequívoco testimonio de fe y compromiso con la causa de la paz.

2. A partir de la reciente historia de nuestro país, queremos afirmar con todas nuestras fuerzas que la promoción y preservación de la convivencia nacional no puede construirse sobre la violencia contra las personas, venga ésta de donde venga. El valor supremo de la vida humana, incluyendo el respeto a la vida de los que no la respetan, es justamente el valor fundamental en que deben basarse el orden y las leyes. La paz en el Perú no se construye con más sangre y pérdida de vidas. A todas las voces que insinúan la posibilidad

de una intervención policial o militar en la residencia, queremos decir: ¡BASTA!

3. El primer comunicado de la Conferencia Episcopal Peruana, emitido al día siguiente de la toma de la residencia, al rechazar enérgicamente el hecho, recordaba también que la violencia en el Perú no puede aislarse del fenómeno de la injusta e inhumana pobreza de millones de peruanos. La pobreza no es sin más la causa del surgimiento de la violencia política que ha azotado a nuestro país, pero sí ha servido y sigue sirviendo como fermento de violencia de diverso signo. La situación en la residencia japonesa no debe entenderse, por tanto, al margen de la suerte cotidiana que corren millones de nuestros compatriotas. Más bien, la solución pacífica de esta dolorosa situación puede y debe significar un paso importante en el camino de forjar la paz en nuestra patria, una paz posible cimentada en el respeto a la dignidad de todas las personas y el compromiso decidido de hacerla realidad.

La resurrección de Jesús, victoria de la vida sobre la muerte, es fuerza para crear gestos de vida en nuestra historia actual. ¡Qué mejor signo de vida que la pronta solución pacífica de esta crisis!

Lima, 20 de abril 1997  
(siguen firmas)



## Sobre el desenlace de la crisis/

Coordinadora Nacional de Derechos Humanos

El drama llegó a su fin. La Coordinadora Nacional de Derechos Humanos comparte la alegría de los ciudadanos peruanos y extranjeros que se han reencontrado con sus familias luego de 126 días de angustia e incertidumbre generadas por el repudiable secuestro en que los mantuvo Néstor Cerpa Cartolini y el comando del MRTA.

Pero no podemos celebrar. El operativo militar que rescató con vida a 71 de los cautivos, costó la vida de Carlos Giusti Acuña, magistrado ejemplar; de los valientes oficiales del Ejército Peruano Juan Valer y Raúl Jiménez y de los 14 miembros del comando emerretista, enlutando a hogares peruanos. Acompañamos a todos ellos en su dolor.

La Coordinadora Nacional de Derechos Humanos sostuvo y sos-

tiene hoy, luego del desenlace, que la solución pacífica y dialogada es siempre mejor que la más perfecta salida militar. La solución no violenta permitía preservar la vida de todos y nos abría la perspectiva de que las armas no fuesen siempre la última palabra en el Perú.

Debemos sacar lecciones de este drama. Construir la paz en el Perú es una tarea pendiente todavía. La paz duradera requiere reforzar la democracia y el Estado de Derecho, construir una cultura del diálogo, devolver derechos conculcados, reducir la desigualdad y la pobreza, ejercer un efectivo control democrático sobre las fuerzas armadas y poner fin a la impunidad en el Perú.

Lima, 23 de abril de 1997  
Consejo Directivo Nacional

## El neoliberalismo en América Latina/

Provinciales jesuitas de América Latina

Queridos compañeros:

1. Nosotros, Superiores Provinciales de la Compañía de Jesús en América Latina y el Caribe, siguiendo el llamado de la Congregación General 34 a profundizar nuestra misión fe-justicia, queremos compartir, con todos los que participan de la misión apostólica de la Compañía de Jesús en el Continente y con todas aquellas personas preocupadas y comprometidas con la suerte de nuestro pueblo, especialmente de los más pobres, algunas reflexiones sobre el llamado neoliberalismo en nuestros países.

Nos resistimos a aceptar tranquilamente que las medidas económicas aplicadas en los últimos años en todos los países latinoamericanos y del Caribe sean la única manera posible de orientar la economía, y que el empobrecimiento de millones de latinoamericanos sea el costo irremediable de un futuro crecimiento. Detrás de estas medidas económicas existe una

estrategia política, subyacen una concepción de la persona humana y una cultura, que es necesario discernir desde nuestros propios modelos de la sociedad a la que aspiramos y por la que trabajamos al lado de tantos hombres y mujeres movidos por la esperanza de vivir y de dejar a las futuras generaciones una sociedad más justa y más humana.

2. Las consideraciones presentadas no pretenden ser el análisis científico de un asunto complejo, que requiere investigación desde muchas disciplinas. Son solamente reflexiones que encontramos pertinentes, sobre las consecuencias y criterios del neoliberalismo y sobre las características de la sociedad que anhelamos. Nuestra preocupación principal, al compartir estas reflexiones, es de orden ético y religioso. Los comportamientos económicos y políticos a los que nos referimos reflejan, en el ámbito de lo público, los límites y contravalores de una cultura fundada en